



CARLES RIBAS

Una joven con una *senyera* en el concierto de Raimon.

## Lecciones de cosas

ARCADI ESPADA

Treinta años antes —*thirty years ago*, diría Pete Seeger— eran indistinguibles de la multitud, y hace 15 los hubieran obligado a saludar al tendido. Un cañón de luz los hubiera buscado entre los asientos y una vez identificados, uno a uno, los aplausos habrían estallado sin freno, a cada nombre, a cada gesto. Esta noche no. Esta noche están todos firmemente agarrados a sus sillas, congelado el rictus, la sonrisa, sin saber muy bien qué hacer con las manos, qué hacer sobre todo con la memoria, un pingajo. Paco Ibáñez acaba de ponerlos al pie de los caballos y los caballos galopan implacables en medio de la bronca general.

—Vamos a cantarles *A galopar* a los políticos. ¡Para que se enteren! Ellos están aquí porque vosotros estáis aquí y no al revés. ¡Vamos a cantarles!

### Marea de censura

Y Maragall, Roca, Reventós, Solé Tura, Ribó, Alavedra, Cullerell, Duran Lleida, Lerma, Xicoy —es decir, la práctica totalidad de la clase política catalana— escuchan cómo desde el fondo del Palau Sant Jordi les salpica una marea de censura, de venganza, de disenso. Apenas un minuto, nada determinante, pero sí muy significativo: desde la transición política nunca había pasado en Cataluña nada igual, estos larguísimos segundos de impugnación sin matices. La mayoría del público no lo sabía, pero poco antes de que el recital comenzara esos mismos políticos habían protagonizado un estúpido incidente protocolario. Raimon había dejado dicho que en las primeras filas sólo quería ver amigos.

—Nada de políticos. Que se

sienten a partir de la cuarta fila.

Se trataba de una razonable medida de precaución ante la posibilidad de que el Palau Sant Jordi acabara convertido en un plató electoral. Pero no fue respetada. Tan sólo Reventós, Alavedra, Solé Tura y Maragall accedieron a la voluntad de Raimon. El alcalde, sin embargo, optó en el último momento por trasladarse a un extremo de la primera fila, una vez hubo comprobado que Roca, Duran Lleida, Cullerell, Xicoy y Ribó, entre otros, habían hecho valer su supuesta condición de amigos personales de Raimon para encaramarse a los asientos privilegiados. Y esos asientos, cuando Paco Ibáñez salió al escenario, habían acabado convirtiéndose en un lugar de ostentación francamente indecible.

Esta fue una de las facturas más elevadas que el presente se cobró la noche del viernes. Pasados por el tubo de la nostalgia, salían los políticos del acto con la indiscutible y muy elemental sensación de que el paso del tiempo es fundamentalmente injusto. No eran los únicos, aunque las razones que tuvieran para creerlo sí fueran intransferibles. El común de las gentes repasó y sufrió también ese viaje del tiempo. Lágrimas difíciles como piedras, silabeo para dentro, íntimo y reservado de algunas estrofas, miradas que se cruzaban de un lado a otro de las sillas: todos, el viernes, creían reconocerse, tener algo que ver, muy remoto, con el vecino o con lo que quedaba del vecino.

Los 30 años de *Al vent* permitieron comprobar otras muchas cosas. Por ejemplo, el tremendo desastre cultural que supone la imposibilidad de que los cantautores no puedan envejecer aquí

sin espasmos nostálgicos. Es decir, que no dispongan de lugares y canales estables adonde ir a escucharlos con regularidad, en donde fragüe la continuidad y la renovación. Esos cincuentones venerables —Raimon, Ovidi, Quico, Paco Ibáñez— demostraron el viernes que lo suyo fue, es, muy serio. Que merece el tratamiento que se dispensa a los clásicos y no los rígidos beneficios del formol.

### Fogonazo de 'flash back'

Los 30 años, el fogonazo de ese *flash back*, ilustraron también sobre algunos daños, casi irreparables: cuando Raimon cantaba *Qui perd els orígens, perd la identitat*, algunos evaluaron los efectos de ese grito de doble lectura —una de ellas ensimismada y por consiguiente falseadora— sobre la cultura y la política de Cataluña. Y muchas, muchas más cosas, claro, innumerables: cómo Raimon —*Veles i vents, Com un puny*— ha dejado algunas canciones que van a resistir la última glaciación; cómo Ovidi, el gran Ovidi, y Toti, el enorme Toti, no tuvieron otro remedio que embarcarse hacia el exilio interior que aguarda a muchos catalanes, demasiado buenos, demasiada suculenta esa pieza para las fauces de *La devoradora de hombres*, que escribió Gaziol; cómo Quico Pi de la Serra dejó a la vista de todos, y sin embargo en el limbo, la más desolada música urbana que aquí se ha escrito nunca o cómo, en fin, Paco Ibáñez puede cantar y levantar a los vivos llegando de entre los muertos.

Cuatro horas duró la lección del viernes. Al cabo, las gentes salían doloridas y más sabias. O sea, que se trató de una lección completa.

recre  
en N  
inau  
rinto  
brica  
el ce  
Casa  
una  
E  
las ir  
zada  
y tre  
com  
niña  
sa y  
que  
quiso  
supir  
máti  
exist  
naric  
do er  
Ju  
ción  
sala  
qual  
prim  
las p  
dibuj  
mic  
ment  
wate  
imag  
que s  
de 80  
genes  
accid  
máxi  
del pr  
se ha  
apro:  
Junto  
ayer u  
se mu  
pasos  
cuenc  
bius r  
la tec  
crear

Shone  
Estánd

Venia  
los me  
tro ek  
bien e  
dial y  
alto.  
Shone  
en su  
pero l  
demos  
Por  
de Sho